

Armar la política. Los reportajes a la guerrilla argentina en Cristianismo y Revolución (1970-1971).

Campos, Esteban.

Cita:

Campos, Esteban (2009). *Armar la política. Los reportajes a la guerrilla argentina en Cristianismo y Revolución (1970-1971)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/162>

Armar la política. Los reportajes a la guerrilla argentina en Cristianismo y Revolución (1970-1971)

Campos, Esteban (UBA-CONICET)

“Hay que preparar técnicos. El Especialista en Revoluciones. Es una idea de Erdosain. Organizar cursos secretos donde se habiliten ingenieros en movimientos sociales bruscos”.

Roberto Arlt, *Los Lanzallamas*

Las investigaciones o ensayos sobre el tema de la violencia política en la historia argentina reciente, con frecuencia toman como eje de su análisis el problema de la militarización de las organizaciones armadas, particular que sirve para explicar la derrota política e ideológica de los movimientos populares en la década de 1970. En el período que se ubica entre la tesis consagrada de Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros* (1982), y el ensayo *Política y/o violencia* de Pilar Calveiro (2005), se establecieron una serie de premisas para el análisis histórico, donde lo político se opone a lo militar. Según el género discursivo en el cual se inscriben las diferentes perspectivas (la historiografía, la teoría de la ideología, la ciencia política, etc.), el opuesto de la política puede ser también la violencia, o la guerra. El proceso de militarización como observable cambió de forma: desarraigado del proceso histórico y puesto fuera de contexto, se convirtió en un lugar común. En esa nueva superficie porosa hoy arrancan – o encuentran su límite- los problemas y las hipótesis. Pronto el lugar común comprende la totalidad del ciclo 1955-1976, y se disuelve en el gran relato dramático de la cultura política argentina. El drama es unívoco, pero provoca un efecto de sentido que va más allá del campo científico-académico. Confundido con el ruido triunfal de la teoría de los dos demonios, el gran relato cristaliza en una serie de preguntas canónicas (para el investigador) y de respuestas uniformes (para el público).

En este trabajo deseamos cuestionar algunas de estas premisas a través del análisis de un caso poco visitado en el repertorio de las organizaciones armadas peronistas: las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). En 1971, el número 28 de la revista *Cristianismo y Revolución* –C & R de aquí en adelante- publicó un extenso “Reportaje a la guerrilla argentina” con testimonios de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), Montoneros y FAL (Fuerzas Argentinas de Liberación).

A la cabeza de la sección, se incluyó una entrevista de Paco Urondo a Carlos Olmedo, principal dirigente de las FAR hasta su muerte en combate en noviembre de aquel mismo año¹.

Como hipótesis de trabajo, planteo que la contigüidad o sinonimia entre lo político y lo militar en el discurso de las FAR, es la columna que vértebra la identidad del grupo. Esto en sí mismo no es nada original, pero creo que la argumentación de Olmedo en C & R se apoya en dos aspectos centrales para constituir un *nosotros* específico: a) la cuestión del nombre y el error como origen del grupo y condición interna de la verdad revolucionaria (la derrota militar del Che Guevara en Bolivia hacia 1967 se interpreta como una victoria política, y en esa brecha nace la organización). b) la guerra como borde de la lógica política y horizonte de la ética guerrillera (las acciones armadas impulsan la violencia popular necesaria para enfrentar la violencia del sistema, base de un código beligerante). En la coyuntura dictatorial de represión y fractura institucional, estos principios condicionarán la línea política de las FAR entre 1970 y 1971. El presente trabajo es la continuación de *América en armas. Guerra de guerrillas, política y enemistad en el imaginario de Cristianismo y Revolución*, donde estudiamos la cultura política de la guerrilla latinoamericana. Como parte de esa secuencia, el texto aporta las conclusiones del eje de trabajo relacionado a la concepción político-militar de las organizaciones armadas, en el marco de mi tesis de doctorado sobre un proyecto de hegemonía alternativa en C & R.

Violencia política y política armada en la historia argentina reciente. Problemas teóricos, políticos e historiográficos.

La investigación de Gillespie fue quizás el primer trabajo académico sobre Montoneros, pero la magnitud que alcanzó su difusión como *best seller* llevó su influencia al conjunto de la literatura sobre el tema. Ligado a la tradición historiográfica del marxismo británico, su enfoque combinó la descripción de la estructura de clases del capitalismo argentino, con el análisis de la coyuntura política que se desató a partir de 1955, tras el derrocamiento de Perón². Como señala

¹ Sobre la autoría del reportaje, v. Eduardo Pérez, “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”, en Eduardo L. Duhalde y Eduardo Pérez, *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las “Fuerzas Armadas Peronistas” y del “Peronismo de Base”*. De la Campana, 2003, pág. 66.

² Debo esta primera observación a Julieta Bartoletti, en el intenso espacio de debate y producción colectiva que fue el Seminario de grado “*Entre el gigante invertebrado y el hecho maldito del país burgués: historias de la izquierda peronista*”, dictado en la UBA durante el verano de 2009. La crítica de Víctor Pesche aparece en “Soldiers of ¿who?”, *Revista Unidos* n.17 (1987). El problema no es la obra de Gillespie en sí misma, sino su recepción académica. Cuando la investigación del historiador británico se transformó en una especie de manual, instaló una agenda ineludible hasta nuestros días, un espejo donde se reflejan las corrientes historiográficas que se sienten herederas y deudoras de esta obra seminal. Dicho de otro modo, *Soldados de Perón* es a la producción historiográfica sobre la izquierda peronista, lo que *Revolución y guerra* de Tulio Halperín Donghi es para la

Víctor Pesche, el presupuesto general que atraviesa *Soldados de Perón* consiste en explicar el nacimiento, auge y caída de Montoneros por la persistencia de un gran “malentendido histórico”. La historia de aquellos jóvenes provenientes del nacionalismo católico, que se equivocaron confundiendo a Perón con un dirigente revolucionario del Tercer Mundo. O la conducción del movimiento de masas incapaz de entender la verticalidad del peronismo real, que jamás aceptaría la dirección de la pequeña burguesía. Cuando el historiador inglés se introduce en el bienio 1973-1974, aparece la tesis de la militarización:

“...la práctica de la guerrilla urbana, al principio considerada solamente un medio, provocó una completa militarización de la organización, la cual habían llevado consigo los Montoneros en 1973-1974 al palenque político. Habían retenido su opción a la carta de la guerrilla durante los dieciséis meses posteriores al 25 de mayo de 1973 y seguían propendiendo a equiparar la lucha revolucionaria con la lucha armada o, al menos, a ver en la segunda la quintaesencia de la primera”³

A partir de aquí, la historia es bastante conocida: una vez que Montoneros hace público su pase a la clandestinidad el 6 de septiembre de 1974, abandona el trabajo de masas y la organización se aísla progresivamente de su base popular. El accionar armado fue a contramano de la acumulación de fuerzas políticas, hecho que facilitó su represión y posterior desarticulación. Pablo Pozzi advierte que esta tesis no explica porqué que en el mismo período en que crece el aparato militar y la envergadura de las acciones armadas, también podemos registrar un auge en la incorporación de militantes⁴.

En la década de 1980, el colapso de la dictadura militar y un nuevo ciclo de gobiernos civiles corrieron el eje de la agenda propuesta por Gillespie, que trataba de instalar un debate estratégico en torno a la viabilidad política de la guerrilla urbana. El problema de la democracia

historiografía argentina de la primera mitad del siglo XIX. Un trabajo académico como *Montoneros. El mito de los doce fundadores*, de Lucas Lanusse, plantea una lógica especular en relación a la obra de Gillespie, cubriendo los lugares vacíos que el inglés descuidó en la amplitud de su investigación. Y quien escribe conoció la existencia de la revista *Cristianismo y Revolución*, gracias a las dos páginas que aparecen sobre el particular en *Soldados de Perón*.

³ Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Grijalbo, 1998, pág. 202.

⁴ Pablo Pozzi, “Para continuar con la polémica sobre la lucha armada”, en *Lucha Armada* n. 5 (2006), pp. 44-53. Hasta mediados de la década de los 90’, las tesis de Gillespie no fueron cuestionadas. En parte, esto se debía a que en el contexto de juicio a las juntas militares y elaboración de la teoría de los dos demonios, el campo científico-académico sometía la investigación sobre la militancia de los setenta a una prolija y democrática censura (ya que no era historia propiamente dicha, sino una manera de hacer política). El vacío historiográfico, entonces, fue cubierto por obras a mitad de camino entre el testimonio, la denuncia y el periodismo de investigación, tales como *Montoneros. La soberbia armada* de Pablo Giussani (1984), o *Montoneros. Final de cuentas* de Juan Gasparini (1988). V. Marina Franco, “Reflexiones sobre la historiografía argentina y la historia reciente de los años ’70”, en *Nuevo Topo. Revista de Historia y pensamiento crítico* n. 1 (2005), o mi artículo “Narrativa histórica y luchas sociales. En torno a tres biografías de la militancia revolucionaria”, en *Lucha Armada* n. 7 (2006), pp. 26-34.

parlamentaria y su fragilidad en América Latina, subordinó la tesis de la militarización a la cuestión de la violencia. En esta línea se inscribe el trabajo de Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (1986). Aplicando elementos de la Semiología de Román Jakobson, o de la Sociología de Alain Touraine, a lo largo del libro se pone de relieve que el discurso no es un epifenómeno situado en la superestructura, sino una matriz significativa para la constitución simbólica de identidades políticas⁵. Sin embargo, notamos algunos puntos débiles en su planteo: en primer lugar, Sigal y Verón persisten en la tesis del “malentendido”, con la diferencia que ahora la elevan a la dignidad de la Filosofía del lenguaje. En segundo lugar, entre la introducción teórica y el análisis del proceso histórico, notamos una gran tensión a la hora de caracterizar la violencia:

“En esta perspectiva, la violencia que estalla en el campo político se nos aparece no como retorno súbito de lo irracional reprimido ni como ruptura patológica, sino como un elemento que, en determinadas circunstancias, resulta de los mecanismos significantes que determinan la naturaleza del conflicto y las posiciones ocupadas por los protagonistas. La violencia no se opone a la palabra como el ‘hacer’ al ‘decir’; ella no empieza, como la música, ‘donde mueren las palabras’. La violencia, como los discursos, está articulada a la matriz significativa que le da sentido y, en definitiva, la engendra como comportamiento enraizado en el orden simbólico y productor de imaginario. Puede decirse que la violencia es, desde este punto de vista, una **especie de discurso**” (en cursiva en el original)⁶

Para construir esta premisa, los autores descartan dos hipótesis opuestas entre sí, para fundamentar su propia elección teórica: a) la violencia es consustancial al sistema político, ya sea expuesta abiertamente por las dictaduras, o encubierta por la envoltura de las instituciones democráticas. b) la violencia es una desviación o una anomalía ajena al campo político, entendido tan sólo como entramado institucional⁷. Si en algunos pasajes del libro se advierte el uso del término “violencia política” de forma poco sistemática, la cita anterior muestra la

⁵ Los autores dirigen su mira a la teoría del reflejo: en algunos pasajes de la obra de Marx, la ideología es un reflejo de la sociedad de clases: “*Nosotros no partimos de lo que los hombres dicen, imaginan, conciben, ni tampoco de lo que se dice, se piensa, se imagina o se concibe de los hombres en persona. Partimos de los hombres reales, en actividad, y sobre la base de su verdadero proceso de vida demostramos el desarrollo de los reflejos ideológicos y los ecos de este proceso de vida*”. Este paradigma, progresivo en relación al combate con el idealismo hegeliano, predominó durante mucho tiempo en la teoría marxista de la ideología. V. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Península, 1982, pp. 71-89.

⁶ Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Hyspamerica, 1988, pp. 13-14.

⁷ Como alternativa, Sigal y Verón oponen la categoría del discurso, proceso de significación que explica la violencia como resultado de procesos políticos concretos. Que la democracia liberal sea un complejo sistema de mediaciones irreductible a una mera ilusión o apariencia, no invalida la opción (a). El efecto teórico de rechazar de plano esa afirmación por considerarla una mera consigna militante, en tanto, obliga en la práctica a caer en (b), considerando a la violencia como algo *sustancialmente* distinto a la política (literalmente, la violencia “estalla”, irrumpiendo como un trueno en el cielo azul y despejado de la Argentina). Esta metáfora aparece en Pozzi, *op. cit.*, pág. 48.

separación de estas palabras fijándolas como *elementos*. Al mismo tiempo, los autores hacen un esfuerzo visible para colocarlos en una secuencia histórica de la manera más simple, es decir, como *momentos* empíricamente observables. La dificultad para articular los términos, o notar las permutaciones semánticas entre uno y otro, se advierten no bien las hipótesis se despliegan en el terreno histórico:

“Entretanto, el conflicto sólo puede resolverse **fuera de la palabra**: en el silencio de la pura violencia, del asesinato. Poco después del triunfo electoral, la ejecución pura y simple de dirigentes de ambos lados, método aplicado antes del 25 de mayo de 1973, se vuelve una práctica corriente. Al atentado que cuesta la vida a un dirigente sindical responde el cadáver de un militante de la juventud, encontrado en alguna calle, al día siguiente (...) las ejecuciones se convierten en verdaderos **actos de discurso**”⁸.

Queda claro que para Sigal y Verón, la violencia forma parte de la cadena discursiva, como matriz significativa que no precisa de verbos o sustantivos para expresarse. Lo que resulta contradictorio es la apelación al silencio para bautizar el hiato o la brecha que genera la lucha armada en la red simbólica. Si la violencia es a la política lo mismo que el silencio a la palabra, entonces la primera es tan inefable como Dios (no se puede hablar de él). Si implica una serie de puntos suspensivos, la violencia rompe el proceso de comunicación y ya no puede ser tomado como un acto discursivo. Llegados a este punto, o bien consideramos que la violencia se puede explicar con palabras (o es ruido en última instancia, pero no interrumpe la comunicación), o bien insistimos en la figura del silencio, pero borramos el significado de la violencia como acto discursivo y la desterramos a la periferia del campo político⁹.

Un ensayo de síntesis entre el problema de la violencia política y el proceso de militarización es el que hace Pilar Calveiro en *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Escrito con el tono didáctico de un manual para lectores no iniciados en la problemática de la lucha armada, la autora desanda el camino de *Poder y desaparición* (1998), analizando la coyuntura que va del Cordobazo en 1969, hasta el golpe militar de 1976. En palabras de Calveiro, el libro está pensado como un “autoescrache” de la militancia setentista, una autocrítica severa que explica la derrota de los movimientos populares por causas internas,

⁸ Sigal y Verón, *op. cit.*, pp. 140-141.

⁹ La idea del “ruido” puede ser parte del lenguaje de la violencia política, pero la metáfora se aplica mejor al proceso de militarización. Marcelo Raimundo transcribe una entrevista en la cual se reconstruye el diálogo entre un dirigente de las FAP Comando Nacional y un militante llamado Enrique, donde se opina sobre la vocación “ferretera” –por el aparato militar- de la Regional La Plata: “Yo me acuerdo que una vez vine a La Plata, y el gordo Ramón me dice: ‘Decile a los muchachos que se están equivocando de música’, y yo le pregunto porqué. Y me repitió lo mismo: ‘Se escucha más ruido que música’”, en M. Raimundo, “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa” en historiapolitica.com/datos/biblioteca/raimundo3.pdf

señalando los límites y errores históricos de las organizaciones político-militares¹⁰. El planteo se puede resumir con una selección de pasajes de “Política y violencia”, el apartado que retoma al título y resume lo medular de su concepción:

“Durante los primeros años de actividad, entre 1970 y 1974, la guerrilla había seleccionado de manera muy política los blancos del accionar armado, pero a medida que la práctica militar se intensificó, el valor efectista de la violencia multiplicó engañosamente su peso político real; la lucha armada pasó a ser la máxima expresión de la política primero, y la política misma más tarde (...) La influencia del peronismo en las Organizaciones Armadas Peronistas, y su práctica de base creciente entre los años 1972 y 1974, había llevado a una concepción necesariamente mestiza entre foquismo y el populismo, más rica y compleja que la versión guevarista inicial. Pero esta apertura se fue desvirtuando y empobreciendo a medida que crecía el distanciamiento de Montoneros con el movimiento peronista y, con él, su aislamiento político general”¹¹.

Por la forma de su escritura, en *Política y/o violencia* hay un problema que es a la vez teórico y empírico. En su artículo sobre el problema de la militarización en el PRT-ERP, Vera Carnovale observa que “Ofrecer ambos términos (política y violencia) como finalmente excluyentes implicaría postular que es posible una política sin violencia y una violencia sin marcas políticas”¹². Leyendo atentamente la introducción del libro de Calveiro, se define lo político como algo “colectivo, común, público”, pero ese contenido plural se reduce luego al consenso. Estamos ante una concepción no política de lo político, antes sociológica que enraizada en el antagonismo, o confirmada por la historia. De manera más o menos esquemática, el

¹⁰ Pilar Calveiro reside en México desde 1979, es doctora en Ciencias Políticas de la UNAM y fue detenida-desaparecida. Otro ejercicio que intenta desentrañar la relación entre política, violencia y militarización, lo realiza María Matilde Ollier, una bisagra entre los ochenta y los noventa que restituye la centralidad de la violencia como eje de la cultura política argentina en el siglo XX. V. *Orden, poder y violencia (1968-1973)*, CEAL, 1989, pp. 11-18. Para la historiografía, el planteo de Ollier es controvertido: ¿plantear la violencia política en la Argentina como un proceso cultural homogéneo y de larga duración, no transforma al problema en un objeto antropológico, antes que histórico? Si concebimos a la cultura política como un proceso mensurable en la extensión del siglo XX, nos situamos en una postura cercana al esencialismo: escribir la genealogía de la violencia política remontándose a la formación del Estado nacional, no es lo mismo que brindar una explicación genética de procesos violentos particulares. Otro problema aparece cuando Ollier sostiene en otro trabajo, que la izquierda revolucionaria tuvo “una gran dificultad para cuestionar los límites entre lucha política y lucha militar”. V. *La creencia y la pasión, Privado, público y político en la izquierda revolucionaria* Ariel, 1998, pág. 131. Parafraseando la sentencia popular, en la noche de la cultura política militarizada, todos los miembros de las F.F.A.A. y la guerrilla son pardos. Más allá de las intenciones, el texto académico opera en un medio social donde predomina la teoría de los dos demonios.

¹¹ Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70’*. Norma, 2005, pp. 128-129.

¹² Vera Carnovale, *La política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP*, en *Lucha Armada* n. 11. Si bien coincido en la crítica general del artículo a la oposición entre política y violencia, disiento cuando la autora, apelando a Hannah Arendt, sostiene que la violencia es solamente un *régimen de medios* para alcanzar fines políticos. Como veremos más adelante, la situación es más compleja: en la etapa que estamos estudiando, Olmedo invierte los términos, y la violencia se convierte en un fin ligado a la construcción de la subjetividad guerrillera (lo cual no impide que en los setenta este fin se convierta nuevamente en un medio). Un enfoque diferente sobre la violencia política es el de Pozzi, *op. cit.* pág. 48. Sobre la interdependencia dialéctica entre medios y fines revolucionarios, v. León Trotsky, *Su moral y la nuestra*, en <http://www.espartaco.cjb.net>, pp. 22-24.

razonamiento fuerza los hechos: la concepción foquista militariza a las organizaciones armadas y las separa del pueblo. Aún en el contexto de 1973 -signado por el desarrollo de los frentes de masas de la guerrilla en un contexto de apertura democrática- la consecuente (des)inserción social propicia el “*rebrote de un vanguardismo cuyas fuentes provenían del foquismo inicial*”.

En lógica simbólica, este tipo de enunciado implicaría una tautología, es decir, una proposición circular que se confirma a sí misma¹³. Las conclusiones de Pilar Calveiro ponen en crisis el planteo general de mi tesis: si existe una esencia militar de las organizaciones armadas, que asumen la identidad del enemigo contraponiéndose como un espejo a las FFAA, entonces es imposible hablar de una hegemonía alternativa. En lo que sigue, observaremos como guerra y violencia constituyen las fronteras ideológicas de C & R, algo que ya tuvimos la oportunidad de exponer con más detalle en *América en armas*. El reportaje a la guerrilla argentina nos permite avanzar en esa línea, demostrando como la identidad política encuentra su fundamento en una relación específica con lo militar¹⁴.

1. Un guerrillero almorzando con Mirtha Legrand

“El centro de gravedad no consiste en armarse, ni en la estructuración sistemática de una organización, sino en armar al pueblo con la ardiente necesidad de armarse y, concretamente, de armarse a si mismo (...) Por eso los socialistas, en esas circunstancias, no dicen ni dirán jamás al pueblo: ¡consigan armas!, pero en cambio lo pertrechan y pertrecharán siempre (de otro modo no serían socialistas, sino vacuos charlatanes) con la ardiente necesidad de armarse y de atacar al enemigo”.

¹³ Pilar Calveiro, *op. cit.*, pág. 149. Un enunciado tautológico sería: “*Si llueve el suelo está mojado y si el suelo está mojado entonces las ruedas de los coches patinan. Por lo tanto si llueve las ruedas de los coches patinan*”. En términos históricos, es fácil pensar del mismo modo que “*Si hay militarización, los movimientos armados pierden inserción social, y si pierden inserción social, entonces la guerrilla fracasa. Por lo tanto, si hay militarización la guerrilla fracasa*”.

¹⁴ En una entrevista, Pilar Calveiro afirmaba que “...el desplazamiento de proyecto por la organización militar que hace que se pierda ese movimiento inicial de revuelta, de cuestionamiento de orden vigente, de reformulación de las relaciones personales, de familia, del lugar de la mujer, de las relaciones de pareja. Todo eso se pierde para asumir la misma lógica del enemigo. Para medir los resultados de la contienda en función de la cantidad de armas, de la conformación de un ejército paralelo, casi un gemelo maldito del Ejército de la Nación. **P:** ¿Por qué elige situar ese nexo y/o entre las palabras política y violencia? ¿Es una opción o una alternancia? **R:** La idea era jugar entre lo disyuntivo y lo conjuntivo, en el sentido de que en muchos discursos democráticos se plantea la violencia como contrario de la política (...) Yo creo que la relación entre política y violencia es inseparable. **P:** ¿Por qué? **R:** Generalmente se nos plantea a la política como institucional, y la máxima expresión de esa institucionalidad es el Estado como producto de un pacto, de un acuerdo; y entonces desaparece el componente violento. Pero se soslaya que en la base de ese pacto hay una relación de fuerzas, que no implica la desaparición de la violencia sino su institucionalización; es por eso que el Estado se asegura de modo legítimo el monopolio de la violencia. La sola existencia del Estado implica un núcleo violento y la resistencia, aunque no sea armada, implica formas violentas...”, v. “Hay que romper el disimulo de la militancia”, en Página 12, 2/10/2005. Calveiro, Sigal y Verón parten de premisas opuestas (la violencia es o no es consustancial al sistema político) pero llegan a la misma conclusión. Como afirma Marta Dillon cuando interroga a la politóloga, el y/o sólo permite opción o alternancia, pero no consustancialidad, o por lo menos contigüidad.

Hacia 1970, las notas de C & R sobre el desarrollo de la lucha armada tenían aún el sabor exótico de la revolución en el Tercer Mundo, con el martirio del Che como destello ejemplar de la nueva era por venir, porque el mismo había sentenciado que “en toda revolución verdadera se gana o se muere”. Era un horizonte donde importaba menos la sociedad por construir, que el vital espíritu guerrero de crear uno, dos, tres, muchos Vietnam. La terca resistencia de los presos políticos del EGP y de las FAP se enarbolaba como una prueba tenaz y palpable de que, más temprano que tarde, la Argentina seguiría la senda de la guerrilla, como parte del proceso insurreccional latinoamericano.

En la tarde del 26 de enero, Juan García Elorrio se dirigía con una amiga a registrar el nacimiento de su hija. Cuando llegó a la esquina de Bulnes y Las Heras, fue atropellado por un Fiat 600, que se subió a la vereda por el golpe de un taxi que jamás se detuvo. El director de C & R falleció en el acto, y entre los militantes se habló de asesinato. Si bien Miguel Bonasso abona esta conjetura señalando que Elorrio figuraba en una lista negra confeccionada por la CIA y la Policía Federal, los testimonios que hemos recogido insisten en la versión del accidente:

“...todos nos llamaban cuando el muere, a que fuéramos a su velatorio, al entierro y demás, porque apareció la Federación Universitaria y lo hacía aparecer como que había sido un atentado y demás...a mi, me acuerdo que habló Carlos Mugica, ¡como no van a ir ustedes! Nosotros dijimos está bien, más allá de todo no tenemos cara para ir a caretear...si somos coherentes con nosotros mismos no vamos a ir a caretear en un entierro con un tipo con el cual hemos dicho las cosas que le hemos dicho, y no fuimos ninguno”¹⁵

Mientras tanto, la chispa del Cordobazo había encendido la pradera de la protesta social. A la resistencia que había comenzado en 1966, y multiplicado sus formas de organización en 1968 con la CGT de los Argentinos, los curas tercermundistas, el movimiento estudiantil y contracultural, se agregó la ofensiva generalizada de las organizaciones armadas contra la dictadura militar. El 26 de junio de 1969, estallaron bombas prolijamente ocultas dentro de pomos de dentífrico en trece supermercados Minimax, una novedad del capital extranjero que estaba arruinando a los almacenes de la pequeña burguesía. El atentado fue realizado para darle la bienvenida a Nelson Rockefeller. Un día después, la manifestación convocada para protestar

¹⁵ Entrevista a María Elba Foix. Programa de Historia Oral, pág. XXXI. En conversaciones informales con otros ex militantes del Comando Camilo Torres, se fundamenta la hipótesis del accidente describiendo a García Elorrio como una persona tan preocupada por hacer la revolución, que era distraído para cruzar la calle. Para una semblanza del director de C & R, v. Gustavo Morello, “Apuntes sobre la vida de Juan García Elorrio”, en *Lucha Armada* n.7, pág. 10. Para la hipótesis del asesinato, v. Miguel Bonasso, *El presidente que no fue*, Planeta, 1997, pág. 144.

por su arribo al país en Plaza Once, fue duramente reprimida. En las corridas que siguieron a los gases y los palos fue asesinado Emilio Jáuregui, baleado tras ser encerrado por varios patrulleros¹⁶. La dictadura de Onganía tambaleaba, pero el golpe de gracia se lo dio el grupo que se había separado en 1968 de la conducción de García Elorrio, tras la “rebelión de los enanos”. La organización armada Montoneros secuestró, juzgó y ejecutó a Pedro Eugenio Aramburu, volviendo a poner en el centro de la escena política al peronismo revolucionario, algo marginado por un conato de insurrecciones populares que no reconocía vanguardia alguna. La sofisticación del atentado a la cadena Minimax, la pacífica expropiación de armas en Campo de Mayo realizada por las FAL, los asesinatos de Vandor y Aramburu (para contar solamente algunas de las acciones guerrilleras entre 1969 y 1970) colocaron a las organizaciones político-militares en la primera plana de C & R. Como muestra, vale la pena comparar las tapas del número 22 correspondiente a enero de 1970, con el número 28 de abril de 1971:



En la primera, aparece una pluralidad de expresiones de protesta (cristianos, peronistas, marxistas y jóvenes) cuyo común denominador es la Revolución. En el mosaico del segundo, en cambio, el adjetivo “revolucionario” se tensa en dirección a las nuevas organizaciones armadas que patearon el tablero político argentino. En el número 28, C & R obtuvo la primicia para la Argentina de certificar la autoría de la voladura de los Minimax. El atentado era responsabilidad de una organización que remontaba sus orígenes a 1966, cuyo nombre recién sería revelado tras la toma de la localidad bonaerense de Garín, el 30 de julio de 1970. Las FAR habían surgido de la fusión de varios grupos, el de Arturo Lewinger y su Tercer Movimiento Histórico, o de

¹⁶ Eduardo Anguita-Martín Caparrós, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina*. Tomo I (1966-1973). Norma, 2004, pág. 314.

disidentes del Partido Comunista, como Carlos Olmedo, Roberto Quieto y Marcos Osatinsky¹⁷. El denominador común era la formación de células de apoyo a la guerrilla del Che en Bolivia, ya sea como grupo de apoyo (con la Argentina como retaguardia de las operaciones armadas) o según Jorge Lewinger, para formar un nuevo destacamento con la idea de cruzar la frontera, alimentar el foco y retornar al país con una unidad militar consolidada.

¿Quiénes eran Carlos Olmedo y Paco Urondo, los autores del reportaje a las FAR que analizamos a continuación? Francisco Urondo había nacido en la provincia de Santa Fe, hacia 1930. Poeta, narrador, guionista de cine y periodista, supo explicar su compromiso militante afirmando que “*empuñé un arma porque busco la palabra justa*”. En 1973 entrevistó a varios sobrevivientes de la masacre de Trelew, ocurrida un año antes. Como resultado de aquellos diálogos publicó *La patria fusilada*. Una vez unificadas las FAR con Montoneros, la conducción lo trasladó a Mendoza, que hacia 1975 ya era un reconocido cementerio de activistas. Pocos meses después, en 1976, Paco Urondo fue asesinado tras una persecución a tiros en automóvil. Tratando de cubrir la escapatoria de su mujer y su hija, fue ultimado de dos balazos; ya había ingerido la pastilla de cianuro que la conducción de la “M” había repartido entre sus miembros, para evitar la posibilidad de una “caída” que permitiera a los militares obtener información de la organización gracias a la tortura.

Aunque fue el principal dirigente de las FAR hasta su muerte en “La batalla de Ferreyra” a fines de 1971, Carlos Olmedo fue un cuadro de notables aptitudes políticas e intelectuales, hoy marginado de la narrativa histórica. Conocido entre los activistas por diferentes nombres de guerra como “José” y “Germán”, o bien por sus apodos “Rubio” o “el exquisito”, Olmedo era hijo de un exiliado político paraguayo y una enfermera. Estudió en el Colegio Nacional Buenos Aires, donde se unió a la Federación Juvenil Comunista, y más tarde debió trabajar como

¹⁷ La historia de las FAR aún se encuentra en proceso de reconstrucción, pero gracias a las investigaciones pioneras de Guillermo Caviasca y Mora González Canosa, tenemos una aproximación a los grupos originarios. En el caso de Arturo Lewinger, el Tercer Movimiento Histórico era una escisión nacional-popular del MIR-*Praxis*, la organización político-cultural de Silvio Frondizi. Como afirma Caviasca, El 3MH apostaba a un “bonapartismo modernizador”, en la idea de que un golpe militar nacionalista iba a desencadenar una transformación revolucionaria de la estructura atrasada del capitalismo argentino. Otros grupos que se sumaron a las FAR fueron los Comandos Pampillón, dirigidos por Julio Roqué, militantes que venían de la Democracia Cristiana en el noroeste, o de la Guerrilla del Ejército Libertador (GEL) de Santiago del Estero y La Plata, v. Guillermo Caviasca, “Arturo Lewinger y los orígenes de las FAR, en *Lucha Armada* n. 6 (2006), pp. 82-97. El grupo liderado por Olmedo se separa del PC en un contexto de rupturas cíclicas, como la que sostuvieron Roberto Quieto, Juan Carlos Portantiero y José Aricó en 1963, o el maoísta PCR en 1968. Generalmente, la disidencia apareció en los ámbitos juveniles de la FJC, o en medios culturales como *Pasado y Presente*. V. Mora González Canosa, “Ámbitos disidentes del PC y del Partido Comunista y temas de debate en la formación de uno de los grupos fundadores de las FAR”, V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008.

preceptor, para financiar sus estudios de Filosofía. Tras su ruptura con el PC, su militancia política daría un giro significativo entre diciembre de 1966 y marzo de 1967, cuando Olmedo viajó a Cuba. En la isla recibió entrenamiento militar, y se comprometió a formar grupos de apoyo al foco boliviano del Che en Bolivia, que aún se mantenía en secreto. De regreso en Buenos Aires, Olmedo empezó a organizar el grupo en la primera mitad de 1967, con María Angélica Sabelli, Juan Pablo Maestre, Pilar Calveiro, Carlos Goldemberg, Sergio Paz Berlín y otros¹⁸. La muerte del Che en octubre de ese año, generó un momento de intenso debate político-militar, produciendo algunos cambios en la línea: no se renunciaba al foquismo ni a la lucha armada como vía principal para la toma del poder, pero se privilegiaba el análisis de la formación social a escala nacional. Lo más importante para la evolución política ulterior del grupo, no obstante, era afirmar su opción por el nacionalismo revolucionario, lo que significaba valorar la experiencia peronista como antesala de la revolución socialista. En vista de estas premisas, también se definió a la ciudad como el territorio más apto para desarrollar el foco.

Siguiendo el ejemplo de otras organizaciones como los Tupamaros en Uruguay, durante dos años las FAR se dedicaron a construir una estructura militar capaz de soportar la embestida del aparato represivo del Estado, como garantía de supervivencia una vez que se desarrollaran las primeras acciones armadas. Mientras tanto, Carlos Olmedo se desempeñaba como ejecutivo publicitario en la empresa Gilette, y según Bonasso viajaba a París para seguir sus estudios de Filosofía en la Sorbona¹⁹. Moderno para la subversión y el capital, en su vida pública *el exquisito* cosechaba elogios y premios: en 1967 fue nombrado *Joven Sobresaliente*, y más tarde almorzó con Mirtha Legrand, que inauguraba su célebre programa de TV al año siguiente. Entre sus íntimos, sin embargo, se consolidaba como referente y estaba convencido de que la organización debía acercarse al movimiento peronista, para no convertirse en una “patrulla perdida” dentro del movimiento popular. Esa duplicidad sin ambigüedades terminó tras la toma de Garín en 1970, cuando debió entrar en la clandestinidad²⁰.

2. Derrota militar y victoria política: el error como condición interna de la verdad revolucionaria.

¹⁸ Eduardo Anguita-Martín Caparrós, *op. cit.*, pp. 135-136. Antes de partir a Cuba, el psiquiatra Mauricio Goldenberg le encargó contactarse con dirigentes villeros, para ofrecer atención médica desde el Policlínico de Lanús. Al mismo tiempo, Olmedo participaba de la revista *La Rosa blindada*, y desde sus páginas escribía junto a Oscar Terán una crítica a la reciente publicación de Juan José Sebreli, *Eva Perón ¿aventurera o militante?*

¹⁹ Miguel Bonasso, *op. cit.*, pág. 133.

²⁰ Sobre los pormenores de la toma de Garín, v. Mauricio Chama y Mora González Canosa, “Los de Garín”. Aspectos nacionales y locales de la presentación pública de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (F.A.R.), en *Jornadas Historia Política del Gran Buenos Aires en el Siglo XX*. Centro de Estudios de Historia Política (CEHP).

Las entrevistas de FAR, FAP, FAL y Montoneros fueron publicadas originalmente en el periódico cubano *Granma*, y la primera comienza con la constatación de un equívoco (que es lo contrario a persistir en un malentendido). Al ser una organización que sólo en la mitad de su trayectoria se reclamaría peronista, su forma de legitimación se diferencia con claridad de aquellos grupos que exhibían orgullosamente las marcas de la resistencia peronista, como ocurría con las FAP. Sin los pergaminos de la “P” de Taco Ralo, ni la viveza criolla de la “M” para sacudir con un sólo gesto de propaganda armada los nervios de la oligarquía y el corazón del pueblo peronista, lo único que les quedaba era su diploma como frustrados soldados del Che. Por eso, el primer tramo del reportaje toma la forma del mito, es decir, una narración simbólica que explica la identidad de un pueblo o de un grupo por su origen²¹ Sin embargo, al constituir el Che un arquetipo antes que un mito (mira al futuro potencial más que al pasado ejemplar), la organización va a ensayar una fuga simbólica hacia delante.

En la densa trama de la entrevista, los temas aparecen encadenados en una secuencia lógica e histórica: orígenes guevaristas, relación con la violencia, concepción político-militar y valoración del peronismo. A diferencia del reportaje a Montoneros publicado en el mismo número, no hay una reafirmación mítica del peronismo orientada a anudar el pasado con el presente, ni un acto de fe ortodoxa que se mide por la generosa profusión de citas de Perón. Lo que observamos es la revelación explícita y sincera de una *conversión* al peronismo (o asunción del peronismo, en palabras de Olmedo)²². Si el peronismo entonces, no es una línea de partida a la que se llega por una recuperación imaginaria de la historia, sino una meta posible mediante una toma de conciencia ¿cuál es el fundamento de la identidad política? Una respuesta posible es la naturaleza de su concepción político-militar:

“...terminamos descubriendo que la conclusión ‘el Che no tenía organización, el Che no se insertaba en una experiencia política nacional, el Che no era reconocido por las clases populares bolivianas como respondiendo a sus necesidades y a sus mandatos’, **de algún modo apuntaba en la dirección de nuestras propias limitaciones, de nuestras propias carencias (...)**

²¹ -“¿Cuál es el origen del grupo armado? -Vamos a rastrear la organización que hoy se conoce como FAR en sus primeros orígenes: nació contemporáneamente con el golpe de Onganía (si bien desde el punto de vista conceptual o de proyecto teórico, la idea de constituirse como grupo para practicar la lucha armada se da más o menos en la época en que desaparece el comandante Guevara de Cuba, los que nos identificamos con su proyecto revolucionario intuimos que de algún modo había algo que hacer junto a él)”, en C & R n.28, pág. 30 (56 del original).

²² V. “El llanto del enemigo”, reportaje a Montoneros en C & R n. 28, pág. 38 (72 del original). La diferenciación entre mitos y arquetipos, o el concepto de recuperación imaginaria de la historia es de Germán Gil en *La izquierda peronista*, CEAL, 1989, pp. 28 y 50.

-Su respuesta me suscita una pregunta. Usted dice 'la derrota del Che', ¿Qué acepción puede tener esa palabra? (...)

-Es fácil constatar que el Che es derrotado militarmente. Es menos fácil, pero posible constatar que políticamente, en el cortísimo plazo, por lo menos, la lucha guerrillera no triunfa en Bolivia; sin embargo, en un plazo más largo la situación política boliviana de hoy no podría interpretarse claramente sin aquella experiencia (...) La victoria que logra el Che es más amplia: es la de imponer un modelo de revolucionario, un ejemplo de consecuencia, de abnegación y fundamentalmente de una fe inquebrantable en la posibilidad de la victoria revolucionaria (...)

-**Sería, paradójicamente, una derrota político-militar inmediata, y una victoria política mediata** ¿Es eso lo que en síntesis usted quiere decir?

-Efectivamente. **Se ha dicho con acierto que la derrota es lo que uno hace de ella y en este sentido una derrota puede ser una catástrofe o una formidable lección.** Para nosotros fue esto último”²³ (el subrayado es mío).

La idea de la derrota militar como prólogo de una victoria política, proviene de la revolución cubana. El 26 de julio de 1953 se produjo el trágico ataque de las fuerzas comandadas por Fidel Castro al cuartel Moncada, donde las tropas de Batista repelieron la ofensiva guerrillera, y mataron, apresaron o torturaron a varios sobrevivientes. El descalabro de las fuerzas revolucionarias fue revertido, en buena medida, por la popularidad que alcanzó Fidel Castro con *La historia me absolverá*, su alegato ante la justicia. Sin embargo, situada en el contexto de los debates políticos de fines de la década del 60 sobre la vigencia del foco, la insurrección o la guerra popular prolongada, la díada derrota militar-victoria política cobra un sentido más profundo, si la vinculamos con una matriz común que se remonta a la cultura política de las izquierdas. En *El sublime objeto de la ideología*, Slavoj Žižek extiende la tesis lacaniana de una falla o equívoco primordial constitutivo de toda identidad, al debate político de la socialdemocracia alemana de fines del siglo XIX:

“Encontramos la misma lógica del error como una condición interna de la verdad en Rosa Luxemburg, en la descripción que hace de la dialéctica del proceso revolucionario. Estamos aludiendo a la argumentación que hace contra Eduard Bernstein, contra su miedo revisionista de tomar el poder “demasiado pronto”, “prematuramente”, antes de que las llamadas “condiciones objetivas” hayan madurado (...) La respuesta de Rosa Luxemburg es que las primeras tomas de poder **son necesariamente ‘prematuras’**: el único modo que tiene la clase obrera de alcanzar su ‘madurez’, de esperar la llegada del ‘momento apropiado’ para la toma del poder, es formarse, educarse para esta toma, y el único modo posible de alcanzar esta educación son precisamente los intentos ‘prematurados’” (los subrayados figuran en cursiva en el original).²⁴

²³ C & R n. 28, pág. 30 (57 del original).

²⁴ Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, 2003, pp. 91-92. Para Rosa Luxemburgo: “...*estos ‘prematurados’ asaltos al poder del Estado, son, asimismo, inevitables, puesto que esos ataques ‘tempranos’*”

Si analizamos con esta lupa peculiar el discurso de las FAR, comprobamos que existe un lazo íntimo entre lo político y lo militar, dado que el error (la derrota militar) es necesario para alcanzar la verdad revolucionaria (victoria política). Si las condiciones subjetivas son la clave que diferencian a la teoría del foco del “objetivismo” de la izquierda tradicional, partir de la tragedia del Che les sirve para dos cosas: por un lado, elude el descrédito al que fue sometido el foquismo a fines de los 60. En segundo lugar, el equívoco se convierte en una mediación subjetiva, una “lección” o aprendizaje que permite modificar la estrategia y, en palabras de la propia organización, “nacionalizar el foco”. Literalmente, la derrota puede ser una victoria política mediata por “lo que uno hace de ella”, es decir, si se convierte en un dato significativo de la cadena simbólica que conduce a la victoria final²⁵.

3. La guerra como borde de la lógica política y horizonte de la ética guerrillera.

Si detenemos aquí el análisis, es porque todavía concebimos a lo político-militar como momentos que se suceden lógicamente, pero que participan de una misma sustancia (según las FAR), o bien como dos líneas paralelas que tienden a chocar en el espacio y en el tiempo (como política y/o violencia). Un ejemplo de la fuerza teórica que adquiere como línea política la lectura de la sucesión es el siguiente pasaje:

“Quienes nos acusan de carecer de nivel político o de desechar la importancia de la lucha política por haber elegido el camino de las armas, de la lucha armada, olvidan que esta lucha no es más que la política por otros medios y no a cualquier medio, sino a los medios eficaces. Nuestro pueblo apeló a otras posibilidades, a todas las que tuvo mano y le fueron vedadas”²⁶

*constituyen por sí mismos un factor muy importante que ha de crear las condiciones **políticas** necesarias para el triunfo final y, además, porque la clase obrera, ya sea en el curso de aquella crisis política que acompañará a la conquista del poder, o bien en el fuego de luchas más largas y sostenidas, puede adquirir el necesario grado de madurez política que la capacite para la gran revolución final, v. ¿Reforma o revolución?, Nativa, 1971, pág. 89.*

²⁵ Esto no significa que toda derrota sea positiva objetivamente para cualquier organización. Según el contexto, la derrota militar de la guerrilla pueden servir como aprendizaje (la derrota de las guerrillas en México y la formación del EZLN, o la trágica muerte de Yon Sosa como disparador de la guerrilla en Guatemala); pero también puede dar lugar a más errores, si se la interpreta como un accidente en el camino a la victoria inexorable: tras el ataque a la guarnición de Monte Chingolo en diciembre de 1975, el PRT-ERP afirmaba: “sin desconocer que militarmente sufrimos una derrota, debemos señalar que los hechos del 23 tuvieron gran repercusión política nacional e internacional favorable a las fuerzas revolucionarias, en cuanto muestra al país y al mundo que los argentinos combaten valerosamente por la liberación nacional y social, que las fuerzas guerrilleras cobran cada día más vigor y posibilidades, que los combatientes del ERP son ejemplo de combatividad y heroísmo” v. Estrella Roja. Órgano del ERP, n.7, 29/12/75.

²⁶ C & R n. 28, pág. 34 (62 del original).

La apelación a Clausewitz permite concebir a la guerra como parte de una misma esencia política, algo que ya vimos cuando se tradujo la derrota “político-militar” del Che a la “victoria política” mediata. Hasta aquí, prima un equilibrio de lo político-militar en las concepciones estratégicas, pero a lo largo del reportaje aparecen tensiones entre los dos términos, que nos permiten confirmar la subversión constante de aquel principio de estabilidad. Cuando la entrevista se pierde en los detalles de la toma de Garín, emerge el problema de la violencia: para Olmedo, la violencia de las acciones armadas da miedo, pero esta sensación se produce sólo por falta de costumbre. En última instancia, la violencia es natural y tiene un clivaje de clase, ya que es una respuesta del pueblo ante el largo historial de la violencia reaccionaria (la de los bombardeos de la Plaza de Mayo en 1955, los asesinatos de la dictadura de Onganía, etc.). ¿Qué ocurre cuando la violencia, en cambio, alcanza a miembros de la clase trabajadora? Ante la muerte del cabo Sulling, que custodiaba el banco de Garín durante la toma, Olmedo discrimina *políticamente* la naturaleza ética y militar del incidente:

“Sulling se resistió absurdamente y nos vimos obligados a disparar sobre él. Esto se ha repetido decenas de veces en combates nuestros y de otras organizaciones armadas. Y toda vez que esto ha ocurrido el enemigo se ha escandalizado, nos ha llamado asesinos, cobardes, etc. (...) Pienso que este es quizás el problema más importante que hemos ido viendo durante este período. La necesidad de eliminar hombres que desde el punto de vista de su ubicación en el proceso de producción, son también trabajadores. Pero, como también decíamos en Garín, **es el precio inevitable de la rebeldía liberadora, y vamos a seguir pagándola**” (el subrayado es mío)²⁷

El objeto de esta nueva violencia popular, redentora y legítima, no está definido *per se* por el componente clasista de los sujetos, sino por su posición política. En términos schmittianos, la relación amigo-enemigo -visible por la existencia de sujetos que combaten- desfigura las determinaciones de clase²⁸. La política entendida como poder y movilización revolucionaria (la “rebeldía liberadora”), será entonces la que determine la dirección de las acciones armadas. Sin

²⁷ C & R n. 28, pág. 32 (60 del original).

²⁸ Lo dicho hasta aquí permite realizar dos inferencias. Si la violencia y la contraviolencia son objetos dignos de reflexión política en los 60/70 (por parte de las organizaciones armadas, los curas tercermundistas, e inclusive buena parte de la clase política tradicional) parece evidente que no se puede reducir la cuestión al problema estratégico de la lucha armada para la toma del poder. Esta última es la posición de Pablo Pozzi, *op. cit.* pág. 48, cuando critica aquellas posiciones que fetichizan el papel de la violencia política en la cultura política setentista. Por otro lado, si la lógica de la guerra se impone, se corre el riesgo cierto de caer en la situación que describe Carlos Flaskamp para las FAR y Montoneros en 1973: “*En sus informes, las conducciones hablaban del pasaje de la defensiva estratégica a una contraofensiva que desembocaría en un equilibrio estratégico, etc., para caracterizar desarrollos políticos y sociales demasiado ricos para ser encerrados en esas categorías. Ciertamente, esto era expresión de la persistencia de la concepción de guerra popular, desde el cual se intentaba interpretar hechos que escapaban a las leyes de la guerra. A partir de estos enfoques, el análisis político resultaba muy rígido y exigía todo un esfuerzo adicional de traducción*”, v. Carlos Flaskamp, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Nuevos Tiempos, Bs. As., 2002, pp. 98-99.

embargo, existe algo todavía más importante para fijar el horizonte ético de cada operación: una ley no escrita de la guerra juzgará el papel del azar y la voluntad en el enfrentamiento:

“Nosotros no reprochamos a los policías que dispararon sobre nuestros compañeros, la muerte de nuestra compañera Liliana Gelín, que murió peleando por sus ideales. Por lo tanto, tampoco puede reprochárseles la muerte de esos policías que fueron eliminados en combate. Ese tipo de alternativa está inscripta en la lógica misma de la guerra. Los muertos que no perdonamos y que sabremos vengar, son los muertos sobre la mesa de torturas, son los ajusticiados por la espalda, que también abundan en nuestras filas y en la de otras organizaciones hermanas”²⁹

Aquí la guerra opera como borde de la lógica política: por un lado es un exceso de aquella, que condensa la violencia popular necesaria para enfrentar a la violencia sistémica (la militar o el “pecado estructural” de la explotación capitalista). Por otro lado, esos actos de guerra funcionan como un marco, rompiendo el límite entre lo militar y lo civil, entre la guerra y la paz: la apertura del perímetro de lo político que realizan las organizaciones armadas, va más allá de la lógica represiva, militar y burocrática de la “Revolución Argentina”. Dicho en otras palabras, la guerrilla “desmilitariza” el antagonismo social, al cuestionar el monopolio profesional de la violencia legítima³⁰. Como si compartieran códigos prefijados, se le pide al enemigo que comparta la misma lógica de la moral revolucionaria: la política determina la moral revolucionaria, que exige su “derecho de guerra”, un reglamento del enfrentamiento armado que trata de limitar la respuesta de las fuerzas de seguridad (es decir, intenta cerrar la indeterminación de la relación abierta por el acto bélico). Como vemos, aquí lo político y lo militar se determinan recíprocamente, mezclando sus elementos sustanciales. La contigüidad o sinonimia entre lo político y lo militar en el discurso de las FAR, es la columna que vértebra la identidad del grupo. No tiene mucho sentido en esta situación, entonces, hablar de un proceso unilateral de “militarización”³¹.

4. Observaciones finales: violencia política y hegemonía.

²⁹ C & R n. 28, pág. 32 (61 del original).

³⁰ La guerrilla trata de “dialogar” en el mismo idioma que el ejército, una tendencia que va de la irregularidad de su fuerza militar a la regularidad del ejército popular, como hemos en el capítulo anterior con la teoría de partisanos.

³¹ En este caso, a diferencia de lo que postula Vera Carnovale en su artículo para *Lucha Armada*, se invierten los términos de la violencia como “régimen de medios” en relación a fines políticos. La violencia, según el discurso militante, es efectivamente “el mejor medio” para la lucha política. Pero en la retórica de Olmedo hay algo más: la violencia se convierte de medio en fin revolucionario, si entendemos a la guerra como violencia organizada, capaz de reglamentar las prácticas político-militares (ya que como se ve en el reportaje, “es el precio inevitable de la rebeldía liberadora”).

Hemos repasado diferentes puntos de vista para comprender la relación entre la violencia, lo político y lo militar en la historia argentina reciente. También vimos como funcionaban estas categorías en la superficie discursiva de C & R. ¿Que capacidad tienen estas expresiones para imponer una hegemonía alternativa en el período que analizamos? El enfoque de Pilar Calveiro tiene una respuesta negativa: la guerrilla se militariza desde el comienzo de su accionar, y el crecimiento del aparato armado equipara su identidad a la del enemigo. Para abonar su hipótesis, hacia el final de la entrevista las FAR explican su estrategia para el año que comienza:

“Las perspectivas del 71 consisten para nosotros en la profundización de la significación política de esa lucha armada, que deberá salir al paso, entre otras cosas, de la falsa disyuntiva entre lucha armada y lucha política (...) las FAR se plantean en ese sentido una triple línea entrelazada en una sola perspectiva. Una línea expropiatoria destinada a la consecución de los recursos permanentes necesarios para su consolidación y desarrollo; una línea de contragolpe destinada a cobrar caro al enemigo su barbarie y a no dejar impunes sus crímenes y una línea de inserción en la que nos proponemos establecer claramente que la suerte de la lucha popular está directamente vinculada a la de los combates que las organizaciones armadas libran a lo largo y a lo ancho del país”³²

Aquí queda claro que la práctica de la lucha armada niega el equilibrio político-militar enunciado en la primera parte del reportaje. La estrategia efectivamente tiende a la militarización, entendida como una lógica política elitista y separada de la acción colectiva³³. De las tres líneas, dos se relacionan directamente a la lógica de enfrentamiento del aparato militar, y la tercera “de masas” insiste en que la lucha popular como universal, se subordine al particular de la lucha armada. La guerra de aparatos, aunque este reglamentada imaginariamente por un código militar revolucionario, lleva a la unidad de los contrarios (como afirmaba Amanda Peralta en una entrevista, “*no puedes hacer una guerra sin militarizarte*”)³⁴. La posibilidad de una hegemonía, comprendida en sus diferentes vertientes teóricas como dirección política, voluntad colectiva y articulación, ya en 1971 tenía serios límites en tanto *proyecto*, incapaz de crear valores alternativos al sistema (por lo menos en el plano militar)³⁵.

³² C & R n. 28, pág. 36 (69 del original).

³³ Claro que si migramos de un reportaje a otro en la revista, la estrategia cambia de modo casi imperceptible. En FAP y Montoneros, se realiza la misma operación retórica de concebir políticamente a las acciones militares. La diferencia significativa es que la M incorpora al frente de masas (estudiantil o fabril) como tarea específica, algo que Olmedo no menciona.

³⁴ Amanda Peralta (1939-2009) fue una dirigente histórica de la resistencia peronista y de las FAR: participó en la fundación de la JP de La Plata, estuvo en el grupo del Vasco Bengoechea que en 1964 trató de instalar un foco guerrillero, y fue apresada en Taco Ralo hacia 1968. V. Revista Política, cultura y sociedad en los 70, n.7 (1997), pp. 19-20.

³⁵ En mi visión, el hombre nuevo o la contra-violencia son formas ideológicas de la hegemonía alternativa en tanto proyecto. Sin embargo, en el plano militar las FAR viraron de la organización celular a una rígida jerarquización de los cuadros, a imagen y semejanza del ejército burgués. Durante la guerra civil española, en cambio, las milicias

Ahora bien, esta hipótesis tampoco permite explicar, como dos años después las FAR eran una organización con un fuerte crecimiento, cuya fusión con Montoneros la convirtió casi de un día para el otro en un movimiento de masas. ¿Qué es lo político de las acciones armadas?³⁶ Si ubicamos la pregunta en su contexto temporal, el referente más inmediato es el concepto de propaganda armada. La capacidad de *comunicar* las operaciones militares por parte de la guerrilla, fue la condición de posibilidad de su acumulación política. Una imagen vale más que mil palabras: para los miles de jóvenes que alimentaron los frentes de masas de Montoneros y FAR, el “*Aramburazo*” tenía mayor valor político que los quince años de militancia en la resistencia peronista de buena parte de las FAP³⁷. Una vez hecha esta observación, podemos dar un paso más en dirección al problema de la violencia política: como afirma Pozzi, lo específico de las organizaciones armadas era la toma de poder para acceder a una transformación revolucionaria de la sociedad. Sin embargo, la violencia política fue uno de los límites simbólicos de la lucha hegemónica, la trinchera que separa claramente al enemigo del campo popular. El ejercicio de la fuerza y la organización militar para conseguir este objetivo, entonces, fueron claves para jaquear el monopolio de la violencia legítima por parte del Estado. Este hito es una de las condiciones que se requieren para construir *cualquier* hegemonía alternativa (no en términos de identidad, pero sí para cambiar las relaciones de fuerza entre clases, como se observa en la mayoría de los procesos revolucionarios del siglo XX). El problema, quizás, es que la democratización de la violencia no lleva *per se* a la destrucción del aparato militar y su reemplazo por el ejército popular, ni la contra-violencia redentora niega del todo a la identidad burguesa, como creían las organizaciones armadas. A pesar de que representa una visión claramente sesgada y con una impronta generacional quizás algo esquemática, podemos tomar con pinzas el interesante testimonio de Jorge Rulli:

“...se va dar un fenómeno muy diferente que es la entrada masiva de sectores medios, con otros aportes ideológicos, con otra mentalidad mucho más empresarial. Sobre todo con una visión eficiente y tecnológica

populares organizadas por los anarquistas tenían grados, responsabilidades y funciones diferentes, pero los soldados elegían a sus comandantes y discutían las acciones “militares”.

³⁶ Este problema me fue sugerido por Vera Carnovale, en las Jornadas de Sociología de la UNLP en diciembre de 2008.

³⁷ Los Montoneros pusieron “el carro delante del caballo” por privilegiar la propaganda antes que la construcción del aparato armado, al punto de perder en esa jugada a sus principales dirigentes (Fernando Abal Medina, Emilio Maza Carlos Gustavo Ramus, y José Sabino Navarro, todos con un pasado en C & R). Sin embargo, la organización resistió la embestida del Ejército gracias a la ayuda de las FAP, capitalizando políticamente la ejecución de Aramburu y la toma de La Calera. Las FAR, en cambio, siguieron el manual foquista a ultranza y construyeron pacientemente el aparato militar, al punto de no explotar el atentado a los Minimax para obtener un nombre propio en 1969. Cuando lo hicieron en el reportaje, aquel capital político ya estaba profundamente devaluado por el veloz vuelco a la actividad política de Montoneros, v. Carlos Flaskamp, *op. cit.*, pp. 83-84.

de la guerra, que es lo que nosotros no teníamos. Aquello que nosotros hacíamos era, quizás, muy heroico, pero muy artesanal, muy poco compartimentado, muy abierto a lo humano, de una guerra del pueblo. Era como una resistencia descalza...Lo que vino después fue la construcción de aparatos altamente tecnificados, con los cuales creo que se perdió el sentido moral de la lucha, pues se terminó, en muchos aspectos, asemejándose al enemigo”³⁸

El éxito de las organizaciones armadas fue paradójico. En tiempos del “empate hegemónico” contribuyeron a erosionar el poder de la dictadura. La primacía de la técnica (que ya advertimos como un signo distintivo de la cultura política guerrillera), los llevaría en pocos años a constituir un estado dentro de Estado, insuficiente para reemplazar a la dominación burguesa, aunque mucho más expuesto a la respuesta represiva de las fuerzas de seguridad, que en vísperas del golpe militar de 1976 sumaban 130.000 efectivos³⁹.

Bibliografía:

- Eduardo L. Duhalde y Eduardo Pérez, *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las “Fuerzas Armadas Peronistas” y del “Peronismo de Base”*. De la Campana, 2003.
- Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Grijalbo, 1998.
- Pablo Pozzi, “Para continuar con la polémica sobre la lucha armada”, en *Lucha Armada* n. 5 (2006), pp. 44-53
- Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Hyspamerica, 1988.
- Marcelo Raimundo, “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa” en historiapolitica.com/datos/biblioteca/raimundo3.pdf
- María Matilde Ollier, *Orden, poder y violencia (1968-1973)*, CEAL, 1989.
- Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70’*. Norma, 2005.
- Eduardo Anguita-Martín Caparrós, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina*. Tomo I (1966-1973). Norma, 2004.
- Guillermo Caviasca, “Arturo Lewinger y los orígenes de las FAR”, en *Lucha Armada* n. 6 (2006), pp. 82-97.
- Mora González Canosa, “Ámbitos disidentes del PC y del Partido Comunista y temas de debate en la formación de uno de los grupos fundadores de las FAR”, V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008.
- Mauricio Chama y Mora González Canosa, “Los de Garín”. Aspectos nacionales y locales de la presentación pública de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (F.A.R.), en *Jornadas Historia Política del Gran Buenos Aires en el Siglo XX*. Centro de Estudios de Historia Política (CEHP).
- Carlos Flaskamp, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*. Nuevos Tiempos, Bs. As., 2002.

³⁸ Entrevista de Mona Moncalvillo a Jorge Rulli en revista *Unidos* n.9, abril de 1986.

³⁹ Juan Gasparini, *Montoneros. Final de cuenta*. De la Campana, 2005, pág. 128.

